

Uribe de gira sin entender la inconveniencia de abrirse a fuerzas militares extranjeras

El regreso al control territorial y económico de Latinoamérica se tornó en prioridad para Estados Unidos desde que la crisis financiera mundial convirtió los alimentos, el agua dulce y los recursos energéticos en nuevos valores estratégicos. Por eso los contratos económicos bilaterales son hoy una necesidad para Estados Unidos. La comparación de la importancia de los TLC con la compra de Louisiana y Alaska que hizo el ex vicepresidente demócrata Al Gore en su testimonio presentado ante el Congreso de Estados Unidos, no pudo ser más clara y convincente.

Como de costumbre, el presidente Uribe primero decide y después se preocupa por las consecuencias de sus actos. Y esto es lo que ha hecho en su gira personal para conversar con los presidentes sin que Estados Unidos, el actor central de esta preocupación, lo haya autorizado para hablar de las estrategias, las tácticas, los planes y objetivos de la reactivación de la IV Flota del Sur del Atlántico por el Comando Sur de los Estados Unidos al que se hallan suscritas las bases estadounidenses en territorio colombiano.

Esta autorización es muy importante, tanto para la credibilidad y la autoridad del presidente como para una verdadera tranquilidad de las naciones sudamericanas. Además, al no hablar con todos los países en grupo dejó la sospecha de arreglos individuales que pueden ser

inconvenientes o que pueden distraer la preocupación de los demás países.

El presidente Uribe no tiene en su cabeza otra cosa que las FARC, pero los demás mandatarios sudamericanos, aunque lo respeten, tienen una perspectiva mucho más amplia de las tensiones político-militares que se avecinan. El argumento de las FARC poco importa porque a diferencia de Al-Qaeda, las FARC no son una amenaza armada internacional, ya que sus operaciones violentas se concentran exclusivamente en Colombia, por ahora. Pero una desestabilización de Venezuela y/o Ecuador les daría a las FARC el rango militar internacional del que hoy carecen y anhelarían.

Todas las bases militares establecidas por Estados Unidos en Latinoamérica han sido construidas mayoritariamente en tiempos de paz. Y los motivos han sido sus estrategias políticas, económicas y militares en la región. El comando para Latinoamérica está ubicado en Miami, y las bases en Paraguay, la de Tolhuin en Tierra del Fuego y la de Antártida controlan el Cono Sur. Las bases de Iquitos, Nanay y Santa Lucía en Perú; la base Alcántara en Brasil y la de Chapare en Bolivia, controlan el centro sudamericano.

Tres Esquinas (en Caquetá, con base aérea estadounidense), Larandia (en Caquetá, con base del ejército estadounidense), y Puerto Leguizamo (en el Putumayo, con base naval estadounidense), situadas en Colombia, controlan el norte sudamericano. Las bases de Panamá, Honduras, Costa Rica, Belice, Islas Caimán, Aruba y Curazao controlan Mezo América.

El centro de control al Sur del Río Grande es obviamente Colombia. que ahora agrega las bases de Malambo (Atlántico), Apiay (Villavicencio), Palanquero (Cundinamarca), las pistas aéreas y bases navales de Bahía Málaga sobre el Pacífico (Valle) y Cartagena sobre el Atlántico (Bolívar), la base militar de Tolemaida (Cundinamarca), las bases que con frecuencia ya han

alojado tropas estadounidenses en San José de Guaviare en la Amazonia y Tumaco en el Pacífico.

En realidad podrán utilizar cualquier base militar colombiana, si tenemos en cuenta las afirmaciones del comandante de las Fuerzas Militares, general Freddy Padilla: "El uso de las bases depende de las necesidades y requerimientos geográficos y técnicos que tenga el personal estadounidense." No es práctico pensar que las fuerzas militares estadounidenses estarán a las órdenes de las colombianas, que todo avión estadounidense tripulado va a incluir un tripulante colombiano o que los Estados Unidos se limitarán a usar únicamente aviones Awacs y Orion. Y tampoco se concibe el uso de las bases colombianas sin que los Estados Unidos tengan un asentamiento en ellas como hangares especiales, oficinas privadas de inteligencia y operaciones, y alojamiento protegido de su personal.

El problema de las bases estadounidenses no es asunto de Venezuela o Ecuador, que no las tienen, ni de Colombia que tiene demasiadas, es un tema de toda Latinoamérica. El Plan Colombia no es lo único que les preocupa a estos países sino también el Plan Puebla-Panamá, el Plan Triple Frontera y el Plan Amazonia.

Por ejemplo: Desde el punto de vista económico, cualquier obstáculo a la diversidad de las relaciones económicas de Chile y Brasil -que mantienen una actividad comercial a escala global, y que cuentan entre sus clientes a China, Irán y la India-, como la presencia de la IV Flota, es una amenaza a sus propia economías. Los esfuerzos de estas naciones para independizarse de una monoeconomía con Estados Unidos y los éxitos obtenidos terminarían en saco roto. Ellos saben que la IV Flota tiene capacidad más que suficiente para bloquear el comercio de China, Irán y la India con Sudamérica si lo considera necesario por razones políticas o de amenaza terrorista.

Todas las bases que logró instalar Estados Unidos en Europa fueron creadas aprovechando principalmente la

segunda guerra mundial. Quitar una sola de estas bases es prácticamente imposible. Estados Unidos se reserva el derecho de establecer bases militares donde las requiera y con los acuerdos que más le convengan. Esa es la razón por la que existen las bases militares estadounidenses de Guantánamo en Cuba, Chapare en Bolivia y Alcántara en Brasil. Lo que ha logrado Correa al terminar con la base militar estadounidense de Manta, es algo excepcional en el mundo. La derrota o la inminencia de derrotas políticas, son las únicas razones por las que Estados Unidos abandone militarmente a un país.

Dentro de este contexto regional, se le ha dado a Venezuela y Ecuador un liderazgo genuino de la oposición a la inconveniencia de las bases estadounidenses en Colombia que les permite ganar el apoyo de la región, y que no queda atado con el socialismo del siglo XXI ni con ningún otro socialismo, sino con la seguridad nacional, económica y política de la mayoría de los países latinoamericanos.

José María Rodríguez González

Artículo para la columna "Uribe, de gira" publicada por el autor en EL TIEMPO.COM de Colombia el 6 de agosto, 2009.